

Pequeño diccionario de política



LAS TRES EDADES
Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Piccolo dizionario della politica*
En cubierta: ilustración © Camilla Falsini, Edizioni EL, S. r. l.

© Edizioni EL, S. r. l., 2021

Por mediación de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© De la traducción, Ana Romeral Moreno

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-23-2

Depósito legal: M-17.995-2023

Impreso en Unigraf

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

DANIELE ARISTARCO

**PEQUEÑO
DICCIONARIO
DE POLÍTICA**

Traducción del italiano
de Ana Romeral Moreno

 Siruela

Las Tres Edades **Nos Gusta Saber**

Es una cosa que no hacemos solos. A lo mejor al principio sí, pero después tienes que involucrar a más gente, si no, te quedas solo. Solo no puedes hacer mucho.

MARTINA, 12 años

Es una forma de ver las cosas que tiene como objetivo cambiarlas y protegerlas, hacer lo correcto.

EMMA, 11 años

Se encarga del futuro y de proteger el pasado. Pero a menudo la gente se pelea por entender qué futuro y qué pasado...

KILIAN, 11 años

El amor por las cosas va por rachas, por generaciones. Si los padres hablan de ello como lo mejor del mundo, los hijos lo despreciarán, y viceversa. Y nuestros padres esto lo odian.

MANUELA, 13 años

No es ni buena ni mala. Quien se encarga de ella, o se ha encargado de ella, a veces es un héroe, como, por ejemplo, las mujeres partisanas que hicieron de correo. Otros fueron criminales, tipo Adolf Hitler.

GIACOMO, 10 años

Si la haces bien, el mundo se sana y se salva.

KEVIN, 12 años

SUMARIO

A

Abecé	17
Abecedario	19
Activista	21
Alienación	21
Alternancia	23
Antifascismo	26
Apartheid	28
Autoridad	30

B

Balance	33
Bienestar	34
Boicot	35

C

Carrera	37
Chófer	38
Coalición	40
Colegio	40
Compromiso	42
Confianza	43

Conservadurismo	45
Constitución	47
Consumo crítico y medio ambiente	48
Cuerpo	51

D

Democracia	53
Derecha e izquierda	54
Derecho	58
Derechos de los animales	59
Derechos de los niños	61
Desobediencia	63
Dictadura	65
Dimisión	65
Discriminación	66
Discurso público	68

E

Estado	71
Evasión	72

F		P	
Fake news (noticias falsas)	75	Palacio	111
Feminismo	77	Participación	113
Futuro I	82	Pasión	115
Futuro II	83	Patriotismo	116
		Personas	119
G		Pobreza	119
Gente	85	Poesía	121
Gueto	86	Políticamente correcto	122
		Populismo	124
H		Posible e imposible	127
Hashtag (etiqueta)	89	Premier	128
		Privilegios	128
I		Protesta	130
Igualdad	91	Pucherazos	133
Indiferentes	92		
Influencers e intelectuales	93	R	
		Recortes	135
J		Referéndum	137
Jerga	97	Regla de oro	138
		Resistencia	139
L		Responsabilidad	141
Lucha	99	Ritual	142
M		S	
Manifiesto	101	Silencio	145
Mayoría y minoría	102		
Muro	103	V	
		Vocación	149
N		Votar, voto	150
Neoliberalismo	105		
Neutralidad	106	Z	
Noticia	107	Zaki, Patrick	155
Noviolencia	108		

Para Marielle Franco
Para Anderson Gomes

Cada vez me ocurre más a menudo encontrarme con chicos y chicas que hacen política, aunque casi nunca la llamen así. Es más, la mayoría de las veces no la llaman de ninguna manera. Chicas y chicos, niñas y niños que hablan, razonan, toman decisiones y actúan. Juntos cambian las cosas y lo hacen con un objetivo en común: hacer del mundo un lugar más acogedor y digno de ser vivido. Esa palabra, *política*, evitan nombrarla. Y lo hacen por dos motivos: el primero, por una especie de prohibición impuesta por los adultos, según la cual «la política es cosa de mayores»; el segundo porque, en los últimos tiempos, esta palabra parece referirse a algo aburrido y desagradable. De hecho, por un lado se usa para indicar todas las actividades «administrativas», o aquellas necesarias para gestionar catástrofes y un sinnúmero de emergencias. Vamos, que no es que sea algo muy divertido. Por otro, la política se suele asociar con los «bajos fondos», ese espacio en el que se llevan a cabo sórdidos negocios entre el crimen organizado, los especuladores sin escrúpulos y la Administración que se deja corromper.

Aunque esta palabra haya caído en desuso, es mejor que lo sepas: la política de las jóvenes y de los jóvenes es una forma de resistencia a la creciente marea de resignación y desinterés. No

tiene como objetivo ocupar prestigiosos cargos, o explotarlos a fondo para hacerse rico, sino incidir de manera efectiva en la realidad. Es hacerse con el protagonismo, tomar la decisión de elegir. Y es proteger esas cosas tan valiosas que constituyen la base de una vida común, serena y provechosa: la convivencia fundada en la democracia, el respeto a los demás y la libertad de pensamiento.

La política no excluye el debate acalorado. Quizá, uno de los motivos por los cuales mucha gente se ha alejado de ella sea porque, en los últimos años, este debate ha incurrido a menudo en el insulto y en la bronca verbal. Una vez más, los jóvenes han sabido sustituir esta actitud agresiva por una más proactiva, positiva y visionaria. De hecho, quien practica la política, además de ser honesto y hábil, debe ser también capaz de sentar los cimientos de los sueños para nuevos viaje reales y compartidos.

Confío en que este libro pueda servirte de herramienta y que pueda insuflar un poco de buena energía para los próximos retos que vamos a afrontar juntos. Juntos nos reapropiaremos de palabras antiguas y razonaremos sobre algunas nuevas. Susurradas, escritas, cantadas o incluso solo pensadas, impresas en grandes manifiestos o que se deslizan a lo largo de la pantalla de una televisión, las palabras se entretajan cada día en nuestro planeta, en todas partes y en cualquier momento del día; forman parte de nuestras costumbres y, por este motivo, no solemos prestarles atención. Aislar una palabra y preguntarse por su significado es un experimento complicado: prueba a definir un objeto o un concepto y te darás rápidamente cuenta de ello. Pero, al mismo tiempo, es una experiencia apasionante, porque nos permite devolver a cada palabra su correcto significado.

Hay palabras que, poco a poco, se van apagando. Durante un tiempo, las usa todo el mundo ininterrumpidamente y luego,

quizá precisamente por este motivo, nos cansamos de ellas y las olvidamos. Otras son de uso común, y por ello nadie se pregunta por su estado de salud. Otras veces, en cambio, las palabras tienen una vitalidad imprevista y una vida larguísima.

Todas las palabras tienen su historia, a menudo muy antigua. Con el tiempo pueden cambiar de significado, porque están vivas. Si las ponemos en orden alfabético, casi en fila india, podemos ir echándoles un vistazo una a una, como en un diccionario. En general, el diccionario se «consulta», no se lee. Si quieres, puedes «consultar» este libro, es decir, puedes leerlo saltando de aquí allá, guiado por la curiosidad. Si no, puedes leerlo como una serie de historias breves, independientes y, aun así, unidas entre sí.

Un diccionario es un gesto de confianza hacia la posibilidad que abre el saber: todo lo que sabemos puede ser escrito y ordenado. Podemos explicar el mundo con palabras. O podemos inventarnos uno nuevo, a partir de las palabras. Y, visto que cada día descubrimos cosas nuevas o experimentamos nuevas facetas de ellas, un diccionario siempre está incompleto.

Te corresponde a ti el placer de llevar adelante este reto, de seguir compilando el diccionario con las palabras que irás pescando en el futuro.

A

Abecé

Aprendí el abecé de la política escuchando y observando a mi padre y a sus compañeros de trabajo. Al terminar la jornada, se quedaban a la puerta de la fábrica, de pie, durante horas, hablando. Yo los esperaba a la salida y los escuchaba fascinado, procurando no llamar demasiado la atención. A mi alrededor, un paisaje completamente antrópico, un «auténtico paisaje industrial»: olor a cemento, a cola vinílica y barniz fresco, a planchas abrasadas por el sol. No se veía ni la más mínima forma de vida vegetal a kilómetros: ni un árbol ni una flor ni una brizna de hierba. El único sonido que nos rodeaba era el del tráfico de los coches.

No me enteraba muy bien de lo que decían, pero percibía una gran energía en el ambiente y estaba claro que hablaban de cosas importantes. Me quedaba de pie, quietecito, a la sombra de mi padre, y escuchaba. En realidad, incluso si me hubiera mantenido alejado, habría podido escucharlos, pero por nada del mundo habría renunciado a estar a su lado: me sentía un eslabón más de la cadena, un punto en ese círculo de voces y de ideas. Algunos de ellos eran flacos, casi esqueléticos, tenían la

piel grisácea, fumaban largos cigarrillos y parecían lentos, casi a punto de desfallecer. Sin embargo, sabía que realizaban trabajos tremendamente agotadores. Y todos tenían, siempre, el ceño fruncido. Estaban enfadados con alguien que no estaba ahí con ellos, pero que, cada día, tomaba decisiones que les afectaban. En algún lugar, lejos de nosotros, había personas que decidían por todos, eso me quedaba claro, personas influyentes cuyas decisiones repercutían en sus vidas, casi siempre de manera negativa. Eran los políticos. Mientras hablaban entre sí, mi padre y sus compañeros agitaban en sus puños los periódicos enrollados, como se hace para dar a los mosquitos. Y así, en esos años, me convencí de que hacer política significaba enfadarse con alguien. Y que los periódicos son importantes para expresar con fuerza nuestras ideas.

De vez en cuando, alguno se daba cuenta de que yo estaba ahí y llevaba el discurso a los jóvenes. No pedían nada para sí mismos, eso me quedaba claro: estaban preocupados por el futuro del país, de los jóvenes, por mi futuro. Aquello me conmovía profundamente y me hacía sentir importante; era un poco como si todas aquellas personas trabajaran junto a mi padre pensando en mi bien. En ese momento, cuando se daban cuenta de que yo estaba ahí, me imagino que su mente se proyectaba en sus familias, en los hijos que los esperaban en casa y que no veían desde por la mañana. Entonces alguno miraba el reloj y yo sabía que el grupito no tardaría en disolverse para volver a quedar al día siguiente. Aquella despedida apagaba toda rabia. Y siempre había alguien que, despeinándome los rizos, me decía: «Haz el favor...», como para decir «pórtate bien».

En el camino de vuelta, en el coche, a veces mi padre seguía hablando de política. Quizá hablara más consigo mismo que conmigo, pero yo escuchaba con atención y lo apuntaba todo men-

talmente. Fue durante esos trayectos —que, de niño, me parecían maravillosamente interminables— cuando, por primera vez, oí hablar de derechos y de leyes, de lucha por la igualdad.

Siempre que pude, fui a la puerta de aquella fábrica para saludar a mi padre y para escuchar sus discursos. Aquellos hombres estaban muy informados: sabían todo lo que sucedía en el mundo. Leían los periódicos, estaban al tanto de los acontecimientos y los comentaban día a día. A veces, soltaban alguna previsión. Cuando tenían razón, no quedaba otra que reconocerlo. Su «poder» se quedaba ahí: podían prever el desarrollo de algunos acontecimientos, pero no modificarlos. En algún lugar, lejos de nosotros, estaban los políticos y les correspondía a ellos decidir. Mi padre y sus compañeros de trabajo discutían a menudo entre sí, pero, tras largas conversaciones de pie delante de la verja, siempre conseguían llegar a una posición común, elegir qué hacer. Era como si juntos buscaran las palabras apropiadas y cada cual pusiera a disposición las propias. Y de este modo, gracias a sus enseñanzas, me convencí de que hacer política significa buscar juntos las palabras apropiadas, quedarse de pie hasta que no se llegue a una conclusión que nos satisfaga a todos. Y luego volver «a la fábrica», para construir el futuro.

Abecedario

Me sé una historia. El protagonista es un hombre sabio que, un día, es desterrado de su ciudad. Exiliado en una lejana tierra, no tarda en olvidarse de las costumbres, las leyes y los cánticos de su pueblo, y después, de todo el conocimiento que había acumulado a lo largo de su vida. Cierta día ese hombre se dirige a su fiel discípulo, un chaval que se había exiliado con él y que nunca lo había abandonado.

—Ayúdame —le pide—. ¿Recuerdas algo, una oración, aunque no sea más que una palabra de entonces?

El discípulo no recuerda nada: él también lo ha olvidado todo.

—¿Todo? —pregunta el hombre—. ¿Absolutamente todo?

—No —responde el joven—, todavía me acuerdo del abecedario.

—Entonces, ¿a qué esperas? —exclama el hombre—. ¡Empieza a recitarlo!

El joven lo pronuncia varias veces seguidas y después junto al hombre. Lo recitan juntos, con gran fervor, repitiendo las letras, una tras otra, y volviendo a repetir las hasta que recuperan la memoria y lo recuerdan todo.

No sé a qué época se remonta esta historia. La especie humana apareció sobre la Tierra hace unos doscientos cincuenta mil años y es posible que, desde el principio, contara historias. Desde hace cincuenta mil años utilizamos la escritura para comunicar y fijar nuestros conocimientos. En 1502, el italiano Ambrosio Calepino publicó el primer diccionario alfabético; y de este modo, desde hace poco más de quinientos años, tratamos de ordenar las palabras que conocemos sirviéndonos del abecedario, veintisiete letras que nos sirven para orientarnos de manera sencilla y eficaz entre cientos de miles de palabras (el español cuenta con más de 93.000), dispuestas una tras otra.

Un diccionario alfabético puede ayudarnos a identificar, conocer y comprender ideas e historias del pasado, o palabras de uso frecuente o que no lo son tanto. Pero el abecedario puede resultar de gran utilidad también por otro motivo: con el abecedario podemos jugar. Por ejemplo, podemos elegir una letra, sumarla a otra y así, para inventar nuevas palabras. Veintisiete fieles aliadas para hacer realidad el futuro.